

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO. DOMINGO 4^o DE CUARESMA



Lectura orante del Evangelio: Lucas 15,11-32

“Que es muy bueno, este Bien (Padre) nuestro” (3 Moradas 2,5).

‘Me pondré en camino, adonde está mi padre’. Un hijo se alejó del cariño del Padre. Le pidió la herencia y le dio por muerto. Pensó que fuera viviría mejor, pero el engaño le llevó a perder la dignidad y la identidad. Esto es el pecado. Pero al Padre no se le terminó el amor; la ausencia del hijo se lo acrecentó. Y un día, fruto de esas secretas decisiones del corazón, el hijo se puso en camino hacia el pan porque tenía hambre. Así se teje esta maravillosa historia de amor y libertad, perla preciosa de las parábolas, dicha por Jesús a los que murmuraban que fuera amigo de los pecadores y se sentara a comer con ellos. *Me pongo en*

camino hacia ti, Padre.

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió, y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. El hijo en camino ya no recordaba el cariño del Padre, ya no le conocía. Pero el Padre salía cada mañana para mirar el horizonte, porque tenía el corazón trastornado por la ausencia de su hijo; a pesar de todo, no podía dejar de considerarlo como algo suyo. Y un día, el mejor de los días, lo vio de lejos, el corazón le dio un vuelco, se conmovió y corrió hacia él, porque el amor siempre ve más allá y corre más. El Padre supo esperar sin manipular la libertad del hijo, pero al encontrarlo lo levantó de la nada colmándolo de besos. *Padre, ¿qué puedo decirte? Solo gracias. Gracias porque siempre me esperas con la ternura siempre a punto. Gracias.*

‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo’. Al entrar en el pecado, donde uno no es nada ni merece nada porque lo ha perdido todo, entró en la misericordia entrañable del Padre, donde todo vuelve a ser posible. No nos purificamos mirando y remirando nuestros pecados, sino poniendo nuestros ojos en el que nos hace buenos. *Cuando me dejo mirar por ti, Padre de la misericordia, el pecado ya no me hace daño, tu gracia me envuelve.*

‘Celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado’. El Padre se lleva una alegría increíble y quiere gritar su alegría a todo el mundo; todo lo prepara como para una fiesta de bodas. No piensa más que en celebrar, en tirar la casa por la ventana. La misericordia se hace don, derroche. Y todo, porque su hijo ha vuelto a la vida. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. El que gastó su vida se encuentra con las frescas mañanas de Dios entre las manos. *Bendito y alabado seas, Padre. Siempre me das posibilidades.*

‘Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo... Deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido’. El hijo mayor no quiere entrar en esa fiesta. Pero sin alegría no hay experiencia del Padre. Quien tiene fe en el Padre no puede excluir a nadie de la fraternidad. Alegría de dar y recibir. ¿Se alegrará el hijo que se cree bueno? *Gracias, Jesús, por esta gozada de Padre que nos has revelado.*

Visita nuestra página: www.cipecar.org CIPE - marzo 2013



Cipecar

www.cipecar.org